

## UNIVERSO MESTIZO: CANARIAS, CRISOL DE CULTURAS

Lo que esta ponencia propone, más allá de su título, es en realidad una reflexión acerca de la cantidad y calidad de las transformaciones e influencias que han dado lugar a lo que hoy reconocemos como cultura canaria. Porque en nuestro mundo contemporáneo no existe cultura que no sea mestiza, ni espacio físico que no haya sido en algún momento crisol donde se fundan elementos culturales diversos. La cuestión cuando hablamos de Canarias es, por tanto, fundamentalmente de número y especificidad.

Creo que conviene recordar, en primer lugar, de qué hablamos cuando decimos cultura. Como todas las cosas realmente importantes, el término tiene muchos matices y, aunque ha sido definido de multitud de formas, lo único seguro que podemos afirmar es que todos tenemos alguna idea intuitiva acerca de lo que es pero nadie ha sido capaz aún de describirlo con absoluta exactitud. Sólo como punto de partida, y resumiendo mucho puesto que éste no es ámbito adecuado para profundizar en el tema, podemos destacar varias características esenciales: cultura es todo aquello que, en un medio natural determinado, es debido al ser humano; es un fenómeno social aunque esté definido por conductas personales y afecta a cada individuo; y la noción de cultura es, al mismo tiempo una abstracción y un fenómeno universal. A esto habría que añadir la contradicción entre la universalidad de ciertos elementos que consideramos culturales y la extrema diversidad de culturas a través del tiempo y en diferentes espacios.

Por otra parte, el estudio de las culturas –o de una cultura determinada- nos conduce necesariamente al de la transformación, y este concepto es inseparable de los de influencia y evolución. No es posible, en esta breve exposición, entrar a describir las diferentes teorías elaboradas en torno a la transmisión y cambio cultural pero, para centrar el tema, puede ser útil señalar que la mayoría de los estudios al respecto se mueven en torno a dos ejes fundamentales. Por una parte, las teorías más o menos evolucionistas que consideran la cultura como resultado de una serie de fases que significan un desarrollo a partir de unos elementos mínimos, los cuales serían comunes a casi toda la humanidad. Por otra, el estructuralismo y algunas otras escuelas de pensamiento señalan que cualquier hecho

cultural adquiere su significado únicamente dentro de un sistema de relaciones con su entorno, entendiendo por entorno el espacio natural, las necesidades de los individuos y de la colectividad y, en fin, toda una estructura creada desde el interior de la propia comunidad. En los dos casos, la influencia de unas culturas en otras es fundamental para comprender una realidad en un momento concreto.

Lo que hoy entendemos por multiculturalidad podría entenderse en dos sentidos: como fase del proceso de cambio producido como consecuencia del contacto entre dos o más culturas diferentes; y como múltiples culturas que conviven en el mismo tiempo, el mismo espacio o en los dos ámbitos simultáneamente. Ambas acepciones no son excluyentes sino todo lo contrario. Que la multiculturalidad entendida en la primera acepción conlleva la transformación cultural parece indudable. Sin embargo, me parece importante señalar que, en sí mismo, un cambio no es necesariamente positivo ni negativo, es decir que el análisis de las influencias debiera realizarse sin tener en cuenta principios de valor.

En el caso de las Islas Canarias, el mestizaje como factor de creación de nuestra identidad es evidente, si bien reviste características muy distintas según el periodo histórico a que nos refiramos. De hecho, una de las características de nuestro archipiélago es que ha estado – y aún está- sometido a transformaciones culturales derivadas de circunstancias muy variadas: invasión, comercio, emigración, turismo...

Las investigaciones arqueológicas realizadas en los últimos años han aportado una información acerca de la población prehispanica de las islas que nos permite desechar las versiones míticas con las que se trabajó en otros tiempos. Parece cada vez más probable que los primeros pobladores de las Canarias fuesen de origen bereber y que los poblamientos se realizasen en diversas oleadas (a partir del primer milenio antes de Cristo) y desde diferentes puntos de procedencia (aunque todos ellos en el norte de África), lo cual explicaría las diferentes características de los habitantes de algunas islas con respecto a los de otras. Cuando los primeros europeos arribaron a las islas encontraron una sociedad primitiva, con una economía que también variaba en cada una de ellas: predominantemente ganadera en La Palma y Fuerteventura, agrícola en Gran Canaria y mixta en Tenerife, Lanzarote, La Gomera y El Hierro. En todos los casos, adaptada a las características naturales de cada isla y suficiente para poco más que el autoconsumo. La mayoría de los asentamientos que se han encontrado están formados por edificaciones de piedra seca generalmente planta circular o bien se trata de cuevas naturales o excavadas pero siempre en lugares altos de difícil acceso. Respecto a la organización social, tampoco era idéntica en todo el archipiélago, si bien en todas las islas se constata la existencia de un grupo social dominante y de una forma de gobierno basada en la monarquía pero con demarcaciones territoriales muy diversas. En tiempos de la conquista castellana, Tenerife estaba gobernada por nueve menceyes, Gran Canaria por dos guanartemes,

Fuerteventura aparecía dividida en dos reinos, La Gomera en cuatro y La Palma en doce, mientras que Lanzarote y El Hierro tenían un solo jefe para toda la isla.

La propia conquista de Canarias por los europeos hay que entenderla como parte de un proceso de cambio social que afectó a todo el continente europeo. Durante todo el siglo XV Europa esta empeñada en la apertura de rutas marítimas hacia Oriente circunnavegando África. Canarias es un lugar idóneo para realizar escalas de avituallamiento pero muy pronto se convierte también en una fuente de recursos para los mercados del continente, sobre todo de esclavos y de orchilla, ésta última muy demandada por la floreciente industria textil de Castilla y los Países Bajos.

La conquista de Canarias fue lenta, no sólo por la fuerte oposición de la población aborígen sino también por las especiales características de los conquistadores. En una primera fase, a principios del siglo XV, serán los nobles (los franceses Jean de Béthencourt y Gadifer de La Salle, más tarde los castellanos Hernán Peraza y Diego de Herrera) los que emprendan la conquista como una empresa casi particular y obtengan derechos señoriales sobre los pueblos conquistados (Lanzarote, Fuerteventura, La Gomera y El Hierro). En una segunda fase, que culmina en 1496 con la conquista de Tenerife, son los reyes (Isabel y Fernando) quienes toman el control de la campaña y asumen el posterior reparto de tierras y privilegios. El resultado de todo ello es la desaparición casi completa de una forma de vida que, sin embargo, deja huellas en lo más arraigado de la cultura popular, en la toponimia de todas las islas y en ese inaprensible pero innegable elemento que Hegel define como "espíritu del pueblo". Ciertamente, nos queda muy poco de los primitivos habitantes del archipiélago pero, de algún modo, nos sabemos sus descendientes, y quizá más en lo cultural que en lo genético.

A partir del siglo XVI, son muchos los europeos que se instalan en Canarias, atraídos por las posibilidades de progreso económico que ofrecen las islas. Son tierras casi vírgenes, situadas en una encrucijada de alto valor estratégico para el comercio y en las que se dan con gran facilidad cultivos imposibles en el continente europeo. Así, llegan castellanos, gallegos, andaluces, portugueses, africanos, franceses, flamencos e ingleses. En distintas épocas, con diferentes fines y con consecuencias muy diversas para el desarrollo económico y social de las islas. El azúcar, la cochinilla, el vino, el tomate, el plátano, generaron en torno a su producción formas de relación social específicas, incluso determinaron fenómenos tan importantes como la emigración, con su posterior efecto de retorno, esencial para la cultura actual de nuestro pueblo. Durante la segunda mitad del siglo XX, el turismo ha sido un importante elemento de transformación económica y cultural que debe ser tenido muy en cuenta. Y ahora, en los comienzos del siglo XXI, la emigración desde América, y sobre todo desde África, supone un reto para nuestra sociedad.

Ese crisol de culturas que es Canarias se manifiesta en un patrimonio material e intangible de cuyo estudio podemos deducir algunas conclusiones respecto a la forma en que se han constituido nuestra historia y nuestro presente. Respecto a nuestro legado, sugiero que, como método de análisis, establezcamos dos corrientes distintas de mestizaje y cambio: la que deriva, más o menos directamente, de nuestros antepasados aborígenes, y la que procede de los distintos pobladores que, en épocas históricas y bien conocidas, se han instalado en nuestro archipiélago.

En lo que se refiere a los primitivos habitantes de las islas, es importante señalar que cuanto heredado de ellos nos ha llegado como si proviniese directamente de los últimos periodos del neolítico. El desarrollo de Canarias hasta la conquista es totalmente asíncrono con el del continente europeo. Cuando a finales del siglo XIV arriban a las islas los primeros navegantes, Europa está a punto de entrar en uno de los periodos de mayor y más intenso avance artístico, técnico y científico de toda su historia. Los siglos XII y XIII, que en algunos libros de texto se ha calificado de oscuros, han sido, por el contrario, periodos de enorme actividad intelectual que concluirán en los grandes descubrimientos que cambiarán el concepto de universo de toda la humanidad. Aquí, sin embargo, los habitantes de las islas habitan en un tiempo distinto, primitivo, desaparecido ya entonces en muchos lugares del planeta y que ha sido idealizado por numerosos autores, especialmente durante el periodo romántico. Veamos, como ejemplo, lo que escribe Manuel de Ossuna y Saviñón en su obra "Los Guanches o la destrucción de las monarquías de Tenerife", escrita en 1832. "Encontrábase en sus costumbres un estado de simplicidad e inocencia semejante a los primeros tiempos del mundo: sus necesidades habían suscitado la industria, cultivando la tierra y aplicando todos sus esmeros a multiplicar el corto número de animales útiles que tenían; vestíanse con los despojos de éstos y con las hojas de los árboles; y de esta manera gozaban del reposo y de las comodidades". Ciertamente, ésta es una visión idílica de la sociedad primitiva, pero no es menos real que de aquellas "industrias" a las que de forma poética cita el autor, derivan la mayoría de las actividades artesanales y un número de costumbres que hoy consideramos señas de identidad de nuestra tierra.

Toda actividad creativa humana guarda alguna relación con las funciones elementales de la supervivencia: abrigo, alimentación y protección. A medida que se producen excedentes (económicos y de ocio), se van aplicando más componentes estéticos a lo que en principio es simple cobertura de necesidades básicas. Lo que hoy denominamos artesanía no es, en muchos casos, sino el producto de una actividad continuada, que tiene su origen en prácticas ancestrales, y que ha consistido en la repetición de modelos arcaicos y en la inserción de formas estéticas de diversa procedencia. Veamos algunos ejemplos de cómo la cultura aborígen, dotada de esa elementalidad a la que acabo de referirme, ha dejado su impronta en la cultura de nuestras islas.

La vivienda tradicional es una manifestación perfecta de la simbiosis que se realiza entre la adaptación al entorno y la resolución de problemas derivados de las limitaciones medioambientales. Pero también es un espacio simbólico en el que se manifiestan las ideas y creencias de una comunidad. Hasta hace pocas décadas, aún se horadaban cuevas con fines habitacionales. Si lo que habitualmente se llama "casa canaria" es producto de diversas influencias foráneas, en algunos lugares de Gran Canaria, como Playa de Mogán, Artenara, Guía o Santa Brígida, y en la isla del Hierro, por ejemplo, encontramos casas excavadas en la roca a las que se han ido añadiendo nexos exteriores. No es difícil rastrear el origen prehistórico de estas habitaciones. No son únicas, puesto que también se encuentran en algunos puntos de la Península, como ciertos pueblos de Almería, pero sí remiten a un origen africano común que podría ser una razón más demostrativa del origen de nuestros primeros pobladores. Asimismo, el uso de la piedra seca en las construcciones rurales de El Hierro y La Gomera es similar al que se ha encontrado en las numerosas excavaciones arqueológicas del Archipiélago.

Los agricultores, pastores y pescadores han sido tradicionalmente artesanos. No ellos, para ser precisos, sino sus mujeres, hijos o padres, que participaban en la economía familiar fabricando todo aquello que se necesitaba para la subsistencia. Naturalmente, en todas las artesanías insulares se detectan influencias de otros pueblos (sobre todo de España y Portugal), pero la procedencia aborigen es innegable y nos remite a una línea directa de transmisión. En lo referente a la alfarería, debemos destacar dos hechos significativos, característicos de las culturas primitivas: que en algunas islas, como La Gomera, son las mujeres las que la practican, y que en casi todo el archipiélago existe una importante tradición de cerámica realizada sin torno y con una decoración muy sencilla o inexistente. El propio procedimiento tradicional de fabricación de vasijas cerámicas nos lo dice todo acerca de su antigüedad: El artesano extrae el barro, lo seca, lo limpia y lo mezcla con arena y agua. Con las manos forma unos rollos que se van superponiendo hasta alcanzar la altura y forma deseadas. Después se raspa el recipiente con algún instrumento de madera o caña (a veces ya metálico) y por último se alisa con una piedra porosa llamada alisadora. A la cocción, que es la última fase del proceso, nosotros la llamamos "guisar".

La cestería y los trabajos en madera son otras de las actividades artesanales muy desarrolladas en el Archipiélago. Al contrario que la alfarería, suelen ser propia de hombres. Si la cestería se relaciona con las necesidades básicas familiares, la artesanía en madera tiene, en cambio, contacto con otro tipo de tradiciones: las fiestas y el folklore. La cestería es una actividad antiquísima que siempre se ha realizado en el seno familiar, empleando sobre todo paja, mimbre y junco. En cuanto a la madera, quizá lo más destacable, además de los útiles de uso doméstico, sea la construcción de instrumentos musicales, como timplas, tambores y chácaras. Precisamente estas últimas con instrumentos exclusivos de nuestras islas y su origen parece ser excepcionalmente antiguo. Si tenemos en cuenta que

nuestros primitivos pobladores no conocían la metalurgia, la importancia de los útiles de madera y su pervivencia en el tiempo, hasta casi nuestros días, parece evidente.

Además de las artesanías que podríamos llamar convencionales, puesto que con diferentes formas y modelos existen en prácticamente todo el mundo, tenemos en Canarias algunos elementos culturales procedentes de nuestro más antiguo pasado que son únicos o casi únicos en el mundo. Citaré dos de ellos que son especialmente interesantes: El silbo gomero y el salto del pastor. Probablemente, los mejores ejemplos de fusión cultural en nuestras islas se encuentre en las denominadas “bajadas” de Virgen. O, mejor dicho, de las vírgenes, puesto que son muchas, en todas las islas. Parece probado que la demanda de lluvia, las ceremonias de fertilidad relacionadas con la siembra y la recolección, y la coronación de los reyes en tanto que representantes de la comunidad y nexos con las divinidades, fueron las principales manifestaciones religiosas de los aborígenes de nuestras islas. El proceso de asimilación por el que a estas creencias se superpone la fe mariana es similar al que se produjo en toda Europa muchos siglos antes, y creo que es bien conocido por todos: los lugares y deidades antiguos se convierten en centros de peregrinación cristiana dedicados a santos y, especialmente, a la Virgen María en sus múltiples advocaciones. Lo que distingue a nuestras “bajadas” de las romerías de otros lugares son, precisamente, los elementos arcaicos que relacionan estas manifestaciones con la cultura isleña prehispanica. La fiesta de la Rama de Agaete, el Ramo de La Gomera, los Diabletes de Teguiise o las Cruces de Mayo de Los Realejos (mucho más influenciados por los ritos de fertilidad que por la invención de la Santa Cruz) son buenas muestras de la pervivencia de formas rituales que han perdido su significado a través de los siglos pero que siguen siendo válidas como signos de identidad comunitaria, y que posiblemente tuvieron durante mucho tiempo significados reivindicativos frente a los invasores.

Resumiendo, se podría afirmar que las huellas de nuestro pasado prehispanico se manifiestan con mayor claridad en todo lo que, de algún modo, tiene que ver con la vida rural, lo cual es lógico si pensamos que ésta era la forma de vida de los aborígenes y que los supervivientes atrás la conquista debieron quedar relegados a tareas relacionadas con la agricultura y el pastoreo, en muchas ocasiones en régimen de esclavitud. En cambio, donde encontramos mejor el rastro de los pueblos que han llegado a Canarias en épocas más recientes es en los ámbitos urbanos.

Del mismo modo que cuando me refería a influencias primitivas, la implantación de modelos culturales relativos al patrimonio material comenzó por la arquitectura y continuó con manifestaciones de pintura, escultura y orfebrería. Cada isla, y en ellas cada ciudad e incluso cada barrio, ha tenido un desarrollo diferente consecuencia de una historia y un enclave geográfico determinados. Sin embargo, existen tres factores comunes que deben ser tenidos en cuenta al analizar la naturaleza de nuestro patrimonio material: la lejanía

del foco europeo, la permeabilidad ante modelos ajenos debida a la falta de órganos académicos que reconozcan la actividad creadora autóctona y el efecto de retorno producido por la emigración que se ha dado cíclicamente en el archipiélago, especialmente dirigida a América. También hay que señalar la concentración patrimonial habida en unas pocas ciudades: Santa Cruz de Tenerife, Las Palmas de Gran Canaria, Santa Cruz de La Palma y San Cristóbal de La Laguna, en detrimento del resto de poblaciones de las islas que han mantenido su carácter rural hasta hace pocos años. Es en estos centros donde los excedentes producidos en ciclos de bonanza económica y la aparición y crecimiento de una clase social adinerada y culta, propician la creación y adquisición de obras de arte procedentes de todo el mundo, pero especialmente de España y los Países Bajos.

Debido a la estratégica situación de Canarias como encrucijada entre tres continentes, la arquitectura militar fue importante en todo archipiélago y, así, encontramos en casi todas las islas ejemplos de arquitectura militar destinada a la defensa de las costas. En cuanto a la arquitectura religiosa, es importante la conventual y, como es frecuente en todo el ámbito católico, todos los pueblos cuentan al menos con una iglesia y, a menudo, también con una ermita. Pero lo que distingue a nuestras islas es la arquitectura civil urbana.

Ese es el crisol en el que se ha fundido nuestra historia. Nuestro presente es un reto al que no podemos ni debemos sustraernos. En el siglo XXI que ahora comienza la multiculturalidad, la fusión, el mestizaje son inevitables y alcanzan una dimensión muy diferente a la de siglos pasados. Canarias está ya totalmente constituida como una comunidad diferenciada y reconocida ante sí misma y ante los demás. Sabemos quienes somos y cómo hemos llegado a ser lo que somos. Y, desde nuestra esencialidad, debemos aceptar que otras comunidades y otras culturas compartan nuestro espacio. Lo más significativo de nuestra historia es que todos cuantos se han instalado en Canarias han dejado su impronta.

Algunos de los colonos que llegaron a nuestras islas ejercieron sobre ellas una influencia muy visible: castellanos, vascos, gallegos, portugueses, gentes de los Países Bajos y de Alemania, inmigrantes que retornaban de América... Otros fueron poco visibles, como los judíos, y su papel en nuestro progreso económico deberá algún día ser estudiado en profundidad. Esta invisibilidad puede ser, simplemente, integración y ausencia de conflicto. La comunidad hindú, por ejemplo, es excepcionalmente numerosa en Canarias y, al menos durante las décadas de los años sesenta y setenta, fue un importante motor económico al ocuparse de una buena parte del mercado de importaciones suntuarias y tecnológicas que fueron uno de nuestros principales atractivos en esa época. Sin embargo, y porque nunca se ha producido ningún problema de convivencia, es una comunidad que parece no existir. Esto es lo deseable para otros inmigrantes que en la actualidad conviven con nosotros: que pasen desapercibidos porque sean canarios.

Como casi todos los pueblos del mundo (exceptuemos a aquellas pequeñas comunidades que por diversas circunstancias han quedado aisladas), somos el resultado de la mezcla. Pero, como todas las mezclas, somos únicos y diferentes. Somos un crisol pero también un foco irradiador de cultura. Lo que hemos conservado, lo que hemos asimilado y lo que hemos creado tiene la suficiente entidad para ser considerado esencial en un mundo que está aprendiendo a valorar la diversidad.

Poseemos un patrimonio histórico y artístico atesorado y realizado por todos nuestros antepasados, sea cual sea su origen: momias guanches, palacios renacentistas, edificios modernistas, pinturas flamencas. Una riqueza natural de excepcional valor y rareza. Un patrimonio intangible que incluye prácticas y habilidades artesanales casi únicas en el planeta... Conservamos formas de vida propias, diferenciadas y capaces de convivir con la modernidad sin perder su autenticidad. Tenemos, pues, mucho que aportar al mundo y al tiempo a los que pertenecemos.

Todo ello merece ser preservado y acrecentado. Desde las instituciones públicas, desde el Gobierno de Canarias, se está llevando a cabo una política que se fundamenta en un principio teórico muy claro: existimos como pueblo porque tenemos una historia, una tradición y una cultura propias y vivas. Por tanto, nuestra función como administradores es lograr que esa historia, esa tradición y esa cultura se conserven, conozcan, difundan y sigan siendo la piedra angular de nuestra identidad.